

EL EXILIO HEREDADO: RAÍZ DE LA ESCRITURA Y HERIDA DE LA MEMORIA

MARÍA ROSA LOJO

*Escritora. CONICET, Universidad de Buenos Aires,
Universidad del Salvador (Argentina)*

La condición de exilio, podría pensarse, no tiene por qué exceder la vida o la memoria personales de los individuos. No es, ciertamente un blasón nobiliario que se transmita de padres a hijos, ni tampoco una enfermedad genética. Sin embargo, el hecho es que se hereda, que condiciona para mal y para bien la vida de sus legatarios y se obstina en permanecer y conformar sus más íntimas costumbres, la visión y expresión de todas las cosas, como una deformación o transformación ocular, como una indeleble marca en el habla.

El exilio heredado es la carta paradójica de ciudadanía de un país inexistente: aquel en donde no nacimos, y que era el país de nuestros padres (y por lo tanto, etimológicamente, nuestra "patria") pero no es el país del presente sino el de su pasado. Un tiempo ajeno que vuelve a ser vivido por delegación, que se transmite por el relato y también por el silencio: el peso de lo no dicho, de lo que el dolor, a veces, torna inefable.

A ese país, a esa patria: la patria del pasado de los otros, es imposible volver. Lo que fue una tragedia para ellos constituye para los hijos un motivo de constante desazón, porque la tierra perdida, sólo viviente en los engramas de la memoria, no es ni puede ser un espacio real donde habitar. Esa clase de exilio nos condena a la añoranza de lo que a través de otros escuchamos y presentimos.

¿Qué se puede hacer frente a la puerta cerrada de lo irrecuperable? Una opción, aparentemente la más sencilla, es la del olvido. No se trata, después de todo, de borrar quiénes fuimos o quiénes somos, sino quiénes fueron o qué hicieron en otro tiempo, en otro mundo, aquellos que nos engendraron. Sin embargo, como bien lo han señalado los estudios de psicología transpersonal, desde Carl Gustav Jung a Bert Hellinger, llevamos irremediablemente incorporada la memoria de quienes nos precedieron. El pasado se cobra sus deudas con el

presente. Lo familiar, lo *Heimlich*, se vuelve *Unheimlich* –inquietante, perturbador, siniestro— cuando es relegado al cuarto oscuro de la negación y del rechazo. Los muertos no reconocidos vuelven sobre nosotros. Víctimas y victimarios prosiguen un combate irresuelto a través de sus descendientes, y los secretos de familia bailan su danza de esqueletos ocultos en el aparador doméstico.

Mis años formativos, en la infancia y la adolescencia, transcurrieron sobre el frágil suelo sin raíces que el exilio proporciona a sus habitantes. “Casi hasta la mayoría de edad, sentí mi permanencia en la Argentina como una estadía transitoria. El momento del regreso era, no sólo inminente sino decisivo: de él dependía la orientación entera de la vida, la trama de los deseos. Ese acontecimiento, tan postergado como próximo, hacía que todo pareciera incompleto y provisorio. Los años de estudio y conflictivo crecimiento no habían sido más que la preparación para el ingreso al ‘mundo real’, a la ‘vida verdadera’ (...) Pero el esperado ‘momento trascendental’ no llegó jamás. Mis padres envejecieron y se enfermaron. Papá, que había seguido por la televisión los tortuosos pormenores de la ‘muerte por entregas’ del Generalísimo, empezó poco después que él su camino, más lento y doloroso aún, hacia la muerte propia. Si antes no habían vuelto, sanos, menos lo harían enfermos. Me encontré, de pronto, sin padres, sin patria, y también sin futuro. Al menos, sin el futuro que se me había preparado desde que vi la luz en el ‘destierro del Plata’.¹”

¿Cómo neutralizar esa poderosa succión del “otro lado” que amenaza convertirnos en el negativo degradado de otra existencia genuina pero remota, en la débil copia platónica de un original situado en un territorio inaccesible?

La construcción de un relato alternativo fue para mí una de las maneras de resistir a esa gran letanía del exilio siempre obstinada en marcar la distancia entre el alma que sueña lo lejano y la tierra que se pisa. Inventar un alma para la tierra donde se vive, o descubrir su alma antigua, fue mi desafío. Ése que no oyen ni quieren oír los conquistadores, pero al que sí son especialmente sensibles los hijos del extrañamiento y la derrota, los que no buscan la apropiación abusiva, sino el amparo. Los que conocen –porque lo han visto en el cuerpo de sus padres— hasta qué punto dejar la tierra del nacimiento implica también, el dejar(se) uno mismo en el trayecto. Recorrí el camino de la memoria de mi suelo casi insensiblemente, a partir de los primeros libros de literatura argentina que leí en el colegio, y de la pequeña colección de clásicos nacionales que un día de mi santo mi padre me trajo de regalo. *Recuerdos de Provincia* de Domingo F. Sarmiento; parte de las *causeries*

¹ “Mínima autobiografía de una exiliada hija”. *L'exili literari republicà*. Edició a cura de Manuel Fuentes y Paco Tovar. Tarragona, URV, 2006: 87-97, pp. 93-94.

de Lucio V. Mansilla, el de la famosa “excursión” a los indios ranqueles, el *Martín Fierro* de José Hernández; *Fausto*, de Estanislao del Campo. Entré así en los orígenes de un inmenso país hecho de aislamientos y de diásporas, donde –como lo señalaran los ensayistas Ezequiel Martínez Estrada y Héctor Murena— aun aquellos primeros que llegaron para instalar las leyes de su mundo y así duplicarlo sobre la tierra pampa, se sintieron para siempre extranjeros, asediados más por el espíritu del “campamento” que por las solicitudes del arraigo y de la fundación. La herida del exilio, nunca cerrada entre los míos, fue la que me llevó a comprender, visceralmente, otros viajes, otras separaciones, otras pérdidas anteriores a las nuestras. También, quizás, fue decisiva para que prestara especial atención a las voces desoídas de todos los marginados y de todos los subalternos, los descolocados y desplazados con respecto al centro donde se ejerce el poder, empezando por las voces de las mujeres, siempre situadas en posición ambigua, eternas exiliadas de los cánones literarios y de la Historia épica, forzadas intermediarias entre la Naturaleza y la Cultura, botín de guerra, madres de los hijos del enemigo, tejedoras de pactos oficiosos, protagonistas ignoradas de la pequeña gran historia de todas las migraciones y todas las epopeyas de los vencidos. Las particulares relaciones entre las mujeres y el poder político conforman uno de los ejes de la novela *La princesa federal*, sobre la hija del gobernante Juan Manuel de Rosas, figura clave de la Argentina decimonónica. Dos escritoras: una del siglo XIX, Eduarda Mansilla, la menos conocida hermana de Lucio Victorio, y otra del siglo XX, Victoria Ocampo, fueron la inspiración para sendas novelas (*Una mujer de fin de siglo* y *Las libres del Sur*) que –a partir de sus vidas– reflexionan sobre las mujeres comprometidas con una tarea que ciertamente no se esperaba de ellas en la sociedad tradicional: la voz pública de la creación intelectual y artística.

El escenario de la formación de la Argentina desde los primeros combates de la Conquista, pasando por las luchas de la Independencia, las guerras civiles decimonónicas y la guerra de fronteras contra los pueblos originarios, ha sido el de la mayoría de mis libros de ficción histórica: *La pasión de los nómades*, *La princesa federal*, *Historias ocultas en la Recoleta*, *Amores insólitos*, y especialmente mi última novela publicada: *Finisterre* -2005-, editada también en gallego por la editorial Galaxia, donde trabajo sobre la idea de “pueblos resistentes”: los periféricos europeos (como los gallegos e irlandeses) y los aborígenes del Sur americano que se niegan a dejar de ser quienes son y luchan obstinadamente por mantener la “diferencia” identitaria que los constituye. *Finisterre* habla, por cierto, de una violencia atroz, de la escisión y de la pérdida, tanto por parte de los habitantes originales de la tierra como de los que en ella recalcan empujados por la pobreza, la persecución política o la ambición de una vida mejor y diferente. Pero también muestra la posibilidad de que los individuos de pueblos distintos se

reconozcan, unos a otros, en tanto variantes igualmente legítimas de la especie humana, copartícipes de un drama común. Entonces el Fin de la Tierra deja de ser la mera intemperie para convertirse en un lugar habitable y la identidad (no ya “esencia” petrificada, inflexible) se vuelve un *proceso* constructivo y reconstructivo. Con angustia, pero también con fascinación, los migrantes y los expulsados de todos los orígenes se redescubren allí como seres capaces de múltiples y nuevas pertenencias. Los conflictos, empero, no se anulan del todo. La fisura de la separación, entre los seres humanos y la tierra madre, entre los seres humanos entre sí, no desaparece jamás.

Mi ya largo itinerario creativo y reflexivo por la historia sociocultural de la Argentina y de Latinoamérica, por sus dicotomías, sus combates y debates, sus exterminios, sus imaginarios y sus mitos, surgió así, quizás a manera de exorcismo, del duelo y de la ausencia que mis padres llevaron hasta que les llegó la muerte del otro lado del océano. Tal vez, también, sólo ese extenso rodeo fue lo que me permitió volver en los últimos años, fortalecida, a la memoria más entrañable e inmediata. *Arbol de familia*, de inminente aparición², retoma los pasos de mi primera novela (*Canción perdida en Buenos Aires al Oeste*, publicada hace ya más de dos décadas) para abordar la historia de una familia española que repite rasgos de la mía, y probablemente los de muchas otras. Dividida en dos grandes partes, o dos ramas: paterna (gallega) y materna (castellana y andaluza), esta peculiar novela hecha de microrrelatos despliega como un álbum de fotos o como las hojas de un frondoso follaje, las historias entrelazadas de familiares y amigos desde la voz unitiva de una narradora –la hija nacida en América– que elude mostrarse a sí misma en forma directa, aunque se reconoce en cambio, como hija, nieta, bisnieta, sobrina, hermana, de ese múltiple linaje.

La narradora es hija del gallego Antón (o Antonio), a quien llaman el rojo, y de la madrileña doña Ana. A pesar de su distinta proveniencia social, cultural, e incluso política, ambos se han encontrado y se han casado, ya maduros, durante la posguerra civil que sobrellevan en la Argentina. La hija es heredera de sus dos desdichas, de sus dos nostalgias. También de los desencuentros afectivos e ideológicos que prolongarán larvadamente, en la intimidad doméstica, la tragedia colectiva que los ha precipitado en tierras americanas.

Mi padre, que no creía en Dios, creía en los árboles. Como lo hiciera Rafael Alberti, fuimos a vivir a Castelar, donde había muchos, y las casas tenían y tienen amplios jardines. En el parque trasero de la nuestra ya había un

² Publicada por Sudamericana (Argentina), del Grupo Random House Mondadori, en 2010. Reeditada por el mismo Grupo en DeBolsillo, 2012, y en formato e.book.

ciruelo, y varios árboles frutales. Pero mi padre plantó, también, un joven castaño. Era su árbol fundador, después de todo, un verdadero “árbol madre”: árbol de la vida, árbol del mundo, eje cósmico capaz de abastecer las necesidades de toda una familia, y por extensión, de la especie humana. En sus hojas rejuvenecía, cada primavera, la esperanza del reencuentro. Pero los castaños no se avienen con el clima de Buenos Aires: los frutos eran muy malos, casi raquíuticos, ni siquiera valía la pena extraerlos de su coraza puntiaguda. Sin embargo el castaño dio otro fruto mejor y más esperado. Cuando ya mi padre había muerto pude, por fin, volver a la tierra que yo aún no conocía, y donde él no llegó a retornar nunca. A mi regreso, el castaño empezó a morir, irremediable y violento. En un mes se había secado de la copa a las raíces. Comprendí que simplemente daba por cumplida su misión terrena, que siempre había estado allí sólo para encarnar la fuerza del deseo, la poderosa pulsión de la nostalgia, el primer mandamiento que se le impone al hijo del exilio. (*Árbol de familia*, 101-102)

El retorno a ese lugar de donde no hemos salido es ciertamente el absurdo mandato que todos los exiliados hijos alguna vez cumplimos. Hay un peligro, y también una seducción, y acaso, una solución: quedar atrapados en el ir y venir por el corredor transoceánico, ciudadanos y pasajeros de dos mundos, que se rescatan y se pierden en cada nuevo viaje.

“Nadie volvió, a todos se les pasó la vida allá y no porque hayan sido más felices. ¿Por qué no volvéis ahora vosotros?”, pregunta el tío Benito en *Árbol de familia* a la sobrina que viaja una y otra vez, en busca de los tesoros impalpables extraviados por el padre en el mapa de los orígenes.

Ella misma se responde:

Quién le dice al tío Benito que no podemos volver porque de aquí no partimos. Quién le dice que pagamos y pagaremos, sin embargo, la deuda de quienes nos precedieron.

—Nunca podré volver del todo —susurro— pero tengo el corredor.

—¿Qué corredor, qué dices? —insiste, acercando el oído, creyendo que se engaña.

—Es como un pasillo —balbuceo— para ir y venir, donde se está y no se está.

—Mala cosa los pasillos. No hay más que corrientes de aire, y frío, y gentes que tropiezan contigo mientras van y vienen. Dónde vas a poner allí una buena cama para dormir cuando te canses.

—En ningún lugar. —susurro— No hay descanso. (*Árbol de familia*, 138)

El corredor, parecido a un túnel, a un respiradero, a un canal de parto por el que se deja un mundo para renacer en otro, y también a una herida siempre abierta por donde no cesa de fluir la sangre, se instituye, de algún modo, en la clave metafórica de una poética para los hijos del exilio.

No hay punto de partida y punto de llegada, porque los dos extremos cumplen ambas funciones; no hay un Finisterre sino dos, no hay un centro: hay un *entre*. La figura que define la poética del exiliado hijo es la dualidad permanente, y a través de ella, en ese incansable merodeo nómada, la apertura hacia la múltiple complejidad identitaria.

Me voy.

Volveré yéndome. Me partiré volviéndome. Como Jano, el dios de dos caras, el de las puertas y las llaves, el de los comienzos y los finales, el que tiembla entre el presente y el porvenir.

Ni aun cuando el exiliado mismo retorna desaparece la dualidad porque ahora *el otro lado* ejerce su succión de vacío sobre una criatura mestiza, que pertenece irremediamente a los dos mundos. Dice Rosalind, la protagonista de *Finisterre* cuando llega a Galicia después de haber pasado más de veinte años como inmigrante en el Río de la Plata, y hecha cautiva por los indios de la pampa central:

He cruzado dos veces el Océano y el Río del Olvido.

Por dos veces he tenido que olvidar quién era y quién había sido, y lo que deseaba y lo que temía y ahora soy solamente una niña vieja.

Quien olvida dos veces nada olvida.

Porque un olvido neutraliza al otro, como dos conjuros que chocan entre sí.

Y cuando estoy de pie, sobre el acantilado, bajo el faro del fin de la tierra, con las ropas transidas por la lluvia inversa de las olas, soy Rosa, la hija de María Josefa y del irlandés, y soy Pregunta Siempre [*el nombre dado por el chamán que fue su maestro*], la que volvió de la llanura como quien vuelve de la muerte.

Así me recibieron en la comunidad de los vivos que aún me amaban. Como a Lázaro que sale de su tumba, cuidando que no se me abriesen los recuerdos como llagas, que no se infectase y pereciera, con la peste de esas llagas, el ser recuperado que deseaban para mí.

Sin embargo soy dos. Soy las dos. Y ellos son otros, en la misma tierra. (*Finisterre*, 181)

La familiaridad adquirida en “el otro lado” con quienes antes eran extraños y la inquietante extrañeza que los otrora familiares asumen para el retornado (que siempre vuelve a otro país, aunque la tierra sea la misma) son una de las grandes paradojas de la condición de exilio, reduplicada en los exiliados hijos, pues su regreso es a la doble potencia, transitivo y por poder, no ya el de la ley racional sino el del apasionado deseo. Quienes los reciben, en la tierra de los padres, no pueden reconocer a los que tampoco han visto antes, sino sólo intentar redescubrir en ellos –muchas veces infructuosamente– la cara muerta de aquellos que se han ido.

Raíz de la escritura, herida de la memoria, el exilio heredado coloca a quienes desde él escriben en una posición extrema, siempre en el Finisterre con respecto a algún sitio. Pero también, por eso mismo, en un lugar privilegiado para comprender la raíz de cualquier literatura, que busca, desde sus orígenes en el mito, la recomposición de la unidad quebrada, el retorno a un paraíso perdido en el que ningún hombre o mujer han estado o –en todo caso– del que ningún mortal tiene memoria.

Suturar la herida de esa separación, reunir, religar, reconciliar los fragmentos de un todo roto, es la meta de la palabra sagrada, y también el origen de la nostalgia que socava toda palabra profana. Quienes nacimos a la escritura en un país llamado exilio lo sabemos desde que comenzamos a nombrar un mundo que, como el que lloraban nuestros padres, siempre supimos frágil, condenado acaso a desvanecerse en cualquier momento. Por eso hicimos de esos nombres, de la trama hospitalaria de esas palabras, nuestras primeras señas de identidad, nuestra primera y acaso única patria. Y a ellas confiamos el sentido de la Historia y de nuestra historia.

Textos citados

LOJO, MARÍA ROSA, “Mínima autobiografía de una exiliada hija”. En *L'exili literari republicà*. Edició a cura de Manuel Fuentes y Paco Tovar. Tarragona: URV, 2006: 87-97.

———, *Finisterre*. Buenos Aires: Sudamericana, 2005.

———, *Árbol de Familia*. Buenos Aires: Sudamericana, 2010.